

CXLVII.

Y vuela el tiempo en pláticas sabrosas,
 Y Dido, platicando, amor apura;
 Mil cosas sobre Príamo, y mil cosas
 A preguntar sobre Héctor se apresura:
 Ya qué huestes trujera pavorosas
 El hijo de la Aurora, oír procura;
 Ya la historia saber de los gentiles
 Potros de Reso, ó el poder de Aquiles.

CXLVIII.

«¡Que en fin,» exclama, «por ventura mía
 Desde el principio en relatar vinieses
 Los pasos de la griega alevosía,
 Huésped, y vuestras glorias y reveses!
 También tus viajes entender querría,
 Ya que contemplas los estivos meses
 Tornar séptima vez desde que yerras
 Mares cruzando y extranjerías tierras.»

LIBRO SEGUNDO.

I.

Todos callan; y Enéas, que cautiva
 De todos la atención, desde alto lecho
 Comienza: «¡Oh Reina! mandas que reviva.
 Inefable dolor mi herido pecho;
 Que cómo á manos de la hueste aquíva
 El troyano poder cayó deshecho
 Recuerde: horrores que podré pintarte,
 De ello testigo y no pequeña parte.

II.

«Mas ¿quién, ya que secuaz de Ulises fuera,
 Si á tan largo dolor velos levanto,
 Qué Mirmidon, qué Dólope lo oyera
 Sin dar, á su pesar, tributo en llanto?
 Acercándose al fin de su carrera
 Hé aquí la húmeda Noche rueda en tanto,
 Y extinguiendo en la mar sus luces bellas
 A descanso convidan las estrellas.

III.

»Mas pues tu noble corazón consiente
 En ser de este dolor partícipero;
 Pues mandas que de Pérgamo te cuente
 El afán congójoso postrímoro
 En breve narración; aunque se siente
 Horrorizado el ánimo, y del fiero
 Espectáculo aparta la memoria,
 Principiaré la miseranda historia.

IV.

»Yacían con el cerco prolongado
 Rotos los jefes de la hueste aquea,
 Maltrechos siempre del adverso hado;
 Cuando Minerva en su favor emplea
 Artificio sagaz. Por su mandato
 Hueca mole fabrican gigantea
 Que gran caballo al parecer figura,
 De recia tablazon y contextura.

V.

»Simulan y propalan que se eleva
 Por voto á Pálas hecho, de tranquilo
 Viaje en demanda: por doquier la nueva
 Mentirosa se esparce; y en sigilo,
 Echadas suertes entre gente á prueba,
 A ocupar suben el oscuro asilo
 Del vasto seno y cóncavos costados,
 Provistos de sus armas los llamados.

VI.

»Frontera á Troya Ténédos se ostenta,
 Que otro tiempo gozó de nombradía:
 Isla famosa, fértil, opulenta
 Durante la troyana monarquía:
 En su abandono y soledad presenta
 Hora á las naves pérfida bahía:
 A sombra de sus costas sin testigo
 Los bajeles ensena el enemigo.

VII.

»Pensamos que, la vela dada al viento,
 Bogando irían por la mar serena
 Para la patria: el largo abatimiento
 La ciudad de sus hijos enajena:
 Las puertas abre; al griego acampamento
 Rápida corre de alborozo llena
 La multitud, y visitar le agrada
 Yermo el campo, la playa abandonada.

VIII.

»Aquí los batallones del furioso,
 Del fuerte Aquíles; acullá su tienda:
 Allí tomaban plácido reposo,
 Acá trabámos áspera contienda.
 Así van discurriendo; y el coloso
 Infausto, reputado por ofrenda
 A la casta Minerva, hace que, muda
 De asombro, turba inmensa en ruedo acuda,

IX.

»Fuese traicion, ó que la adversa suerte
Para entónces el golpe reservase,
Timétes clama que la mole al fuerte
Se lleve al punto, y las murallas pase.
Cápis, empero, que el peligro advierte,
Aconseja con otros que la abrase
Fuego voraz, y la vecina onda,
El sospechoso dón trague y esconda;

X.

»Ó que el oscuro seno se barrene
Para indagar lo que en el fondo encela.
Indecisa la turba se mantiene.
En esto de la excelsa ciudadela
Con numerosa muchedumbre viene
Laoconte, al campo arrebatado vuela,
Y, «¡Oh desgraciados!» desde léjos grita:
«¿Qué demencia á la muerte os precipita?

XI.

»¿Pensais que el enemigo nuestra tierra
»Dejó? ¿Fiais en sus mentidos dones?
»¿Cuán poco á Ulises conoceis? Ó encierra
»Esta fábrica aquívos campeones,
»O artificiosa máquina de guerra
»Es: nuestra situación y habitaciones
»Por cima intentan registrar del muro,
»Para luégo caer sobre seguro.

XII.

»Ello, hay engaño. ¡Oh Teucros, confianza
»Negad á ese caballo! Como quiera,
»Yo temo de los Griegos la asechanza
»A vuelta de sus dones traicionera.»
Dijo; y desembrazó fornida lanza
Hácia un lado del cóncavo; certera
Vuela, clávase, vibra: conmovido
Dió el seno cavernoso hondo bramido.

XIII.

»¡Ay! á no ser por la fortuna impía
Que nos robaba libertad y acierto,
Laoconte en su furor logrado habria
Que pusiésemos luégo en descubierto,
Hendiendo la armazon, la alevosía.
Aun hoy tu alcázar descollara yerto,
¡Oh Patria! ¡al filo de traidora espada
No cayera tu pompa derribada!

XIV.

»Frigios pastores con tumulto y grita,
Atras ambas las manos, prisionero
Traen ante el Rey un mozo. Audaz medita
Abrir el muro con ardid artero
A los suyos; ni el ánimo le quita
El peligro de infame paradero;
Resuelto á todo, el pérfido se hizo
Con aquellos pastores topadizo.

XV.

»La multitud agólpase, y denuesta
Al prisionero que curiosa mira.
(Reina, las artes de los Griegos de esta
Traición colige; su maldad admira.)
Inerme se detiene, manifiesta
Medrosa turbacion: los ojos gira
La turba rodeando que le oprime,
Abre los labios, y temblando gime:

XVI.

«¡Cielos! ¿á dónde me arrojais? ¿qué puerto
»Queda ya á mi infortunio? La cadena
»Del Griego á quebrantar áun bien no acierto,
»Y ya el Troyano á muerte me condena.»
Compone á su gemido el desconcierto
La multitud, el ímpetu serena,
Y con instancia á declarar le mueve
Patria, linaje, y la intencion que lleve.

XVII.

»Títulos aguardamos con que abone
Palabras de cautivo. Reparado
De la sorpresa, el impostor repone:
«¡Rey! la verdad confesaré de grado:
»No á mi labio veraz candado pone,
»Aunque adverso me fuere, el resultado:
»Yo Griego soy, no ocultaré mi cuna;
»Me hizo infeliz, no falso, la fortuna.

XVIII.

»Quizá en conversacion por accidente,
»De Palamédes, generosa rama
»Del linaje de Belo floreciente,
»Llegó á tu oido el claro nombre y fama.
»Porque la guerra no aprobó, demente
»Llamóle el pueblo, y con indigna trama
»Trájole al hierro de la muerte: ahora
»Inmaculado le confiesa y llora.

XIX.

»Mi padre, escasa el arca de dinero,
»Guerrero aventuróme, y al cuidado
»De aquel varon fióme, compañero
»Antiguo nuestro y próximo allegado.
»Tomámos de esta playa el derrotero
»Muy al principio. Prosperó el Estado
»Mientras honrarle y atenderle supo,
»Y parte á mí de su esplendor me cupo.

XX.

»Mas el término vi de mi contento
»Cuando de sus manejos el astuto
»Itacense, el infame acabamiento
»De Palamédes recogió por fruto.
»Notorio el caso fué. Yo en aislamiento
»Dime á vivir y en miserable luto:
»Pensaba siempre en mi inocente amigo,
»Y eterna indignacion iba conmigo.

XXI.

»Ni pudiendo tener continuo á raya,
 »Demente ya, mi cólera sombría,
 »Clamé, juré que si á la amada playa
 »Tornase vencedor, me vengaría.
 »Odios que Ulises en silencio ensaya
 »Hubo de acarrearle la osadía
 »De mis palabras: sin enmienda aquello
 »Vino á poner á mi desgracia el sello.

XXII.

»De entonces más, calumnias el aleve
 »Ideó nuevas: comenzó rumores
 »Vagos á propalar entre la plebe;
 »Ni pudo sosegar en los terrores
 »Con que el crimen persigue, hasta que en breve
 »Con Cálcas, el augur, á sus rencores...
 »Mas ¿á qué, derramando el pensamiento,
 »Así os fatigo, y mi dolor aumento?

XXIII.

»Ya os dije, Griego soy: ¿qué más indicio,
 »Si á todos nos nivela vuestra saña?
 »Ea, pues: ¡consumad el sacrificio!
 »Bien los de Atreo os pagarán la hazaña;
 »Su triunfo, el Itacense.» El artificio
 No vemos con que á fuer de Griego engaña;
 Antes le instamos á explicarlo todo.
 Con fina astucia y misterioso modo,

XXIV.

«Los Griegos,» sigue, «no una vez la prora
 »Volver pensaron, y soltar la clava,
 »Del asedio cansados. En mal hora
 »Tornábalos á puerto la onda brava
 »Y el ala de los vientos bramadora.
 »Mas esa estatua al ver, que en pié se alzaba,
 »Con ira nueva y general tronido
 »Resonó el cielo en llamas encendido.

XXV.

»Eurípilo, que hicimos acudiera
 »Al apolíneo oráculo, tornando
 »Trajo esta, en solucion, voz lastimera:
 »Griegos: los vientos aplacasteis, cuando
 »Marchabais á Ilion la vez primera,
 »En el ara una vírgen inmolando:
 »Si en la vuelta anhelais propicia calma,
 »Sangre verted, sacrificad un alma.

XXVI.

»La voz á oídos de las gentes vino
 »Moviendo al corazón mortal recelo;
 »Todos el rigor tiemblan del destino;
 »Cuaja á todos la sangre torpe hielo.
 »En tal crisis á Cálcas adivino
 »Saca Ulises con ímpetu y anhelo,
 »Y de la hueste aquéjale en presencia
 »A interpretar la funeral sentencia.

XXVII.

»Ya de aquel pecho de piedad desnudo
 »Sondando muchos el ardid secreto,
 »Me auguraban mal fin. Diez dias mudo
 »Difirió Cálcas el fatal decreto.
 »Cediendo al cabo al clamoreo agudo,
 »Y á la mente ajustando del inquieto
 »Instigador el fallo, lo pronuncia:
 »Yo la víctima soy; mi nombre anuncia.

XXVIII.

»Place á todos; y el golpe que temia
 »Cada uno enántes en su mal, en cuanto
 »Sobre un triste descende, en alegría
 »Pública trueca el general quebranto.
 »Ya se acercaba el tenebroso día
 »De la degollacion: con gozo, en tanto,
 »La salsamola alistan, y disponen
 »Fúnebres vendas que mi sien coronen.

XXIX.

»Libertéme, es verdad, de la atadura;
 »Y de un pantano entre la juncia y cieno
 »Logré ocultarme con la noche oscura,
 »Aguardando partiesen, si sereno
 »Lo comportaba el mar por mi ventura.
 »Mas la esperanza huyó de ver el seno
 »Antiguo de la patria, y á mi lado
 »El hijo dulce, el padre deseado.

XXX.

»Ellos, blanco al furor de mis tiranos,
 »Por mí habrán de lastar en roja piral
 »Por los dioses del cielo soberanos
 »Que apartan la verdad de la mentira,
 »Por la noble lealtad, si ya en humanos
 »Pechos cupo lealtad, la suerte mira
 »No merecida, ¡oh Rey! que en mi se ceba;
 »Tanto infortunio á compasion te mueva!»

XXXI.

»La piedad que con lágrimas demanda,
 Con lágrimas le dan los corazones.
 Abogamos por él. Al punto manda
 Que los lazos le suelten y prisiones
 El Rey, y así le dice con voz blanda:
 «Olvida ya las bárbaras legiones,
 »Mançebo, y sus malvados procederes:
 »De hoy más, quienquier tú seas, nuestro eres.

XXXII.

»Mas la verdad declara sin rebozo:
 »¿Quién inventó esta mole? ¿Con qué intento?
 »¿Máquina amenazante de destrozo
 »Es? ¿ó bien religioso monumento?»
 Dice el buen Rey; y el atrevido mozo
 Mostrado, á usanza griega, al fingimiento,
 Exclama así, las manos desatadas
 Volviendo al cielo, y húmidas miradas:

XXXIII.

»¡Astros eternos! ¡Dioses que castigos
 »Al dolo reservais! ¡Cuchilla! ¡velo!
 »¡Aras del sacrificio! sed testigos
 »Del derecho cabal con que cancelo
 »Antiguos pactos: odio á los que amigos
 »Pude llamar; ¡sus crímenes revelo!
 »Mas ¡oh! ¡si en mí tu salvacion se apoya,
 »Guárdate fiel á tus promesas, Troya!

XXXIV.

»Los Griegos de Minerva en el robusto
 »Auxilio descansaron confiados
 »Hasta que el hijo de Tideo injusto
 »Y fraguador Ulises de atentados,
 »Su estatua milagrosa al templo augusto
 »Se aunaron á robar; y, degollados
 »Los guardias del castillo, con sangrienta
 »Mano asieron de la alba vestimenta.

XXXV.

»Cayó miedo en los ánimos: su ayuda
 »Cambió la Diosa en no dudoso amago;
 »Que, al campo apenas se llevó, ceñuda
 »Los ojos clava con fulgor aciago;
 »¡Raro prodigio! humor amargo suda,
 »Y del suelo tres veces se alza en vago,
 »El escudo flamígero delante,
 »Y el asta blandiendo retemblante.

XXXVI.

»Incontinente Cálcas determina
 »Que el sitio los guerreros abandonen;
 »Diz que en vano de Troya la ruina,
 »Por bien que la expugnaren, presuponen,
 »Si, tornando á cruzar la onda marina,
 »En Árgos los auspicios no reponen,
 »Á la Diosa aplacando en sus desvíos
 »Que cuidaron llevar en los navíos.

XXXVII.

»Á Micénas ahora encaminados
 »(De Cálcas los auspicios tal declaran),
 »Prevenidos mejor y apertrechados,
 »La vuelta á dar de asalto se preparan.
 »Mas ántes que partiesen, avisados,
 »En igual de la que ímpios enojaran
 »Robada estatua, edificaron ésta
 »Para purgar la violacion funesta.

XXXVIII.

»Plúgole á Cálcas, además, que fuese
 »De trabes poderosas guarnecida
 »Y que las nubes con la frente hiriese,
 »Porque su peso y altitud impida
 »Que por las puertas quepa, y atravíese
 »Las murallas, no avenga que presida
 »A la ciudad, del Paladion viuda,
 »Y con la antigua proteccion la acuda.

XXXIX.

»Que si este dón violais—el agorero
 »Pronostica (primero se convierta
 »En quiebra suya el malhadado agüero!)—
 »Troya vencida quedará y desierta:
 »¿Qué es Troya? ¡el Asia! ¡Triunfareis, empero,
 »Si le internareis, la muralla abierta,
 »Y á las aguas de Grecia vuestras proras
 »Irán, andando el tiempo, vencedoras!»

XL.

»Así en un punto entre sus lloros viles,
 Caza Sinon con pérfidos amaños
 En red de muerte á los que el grande Aquiles,
 Ni el hijo de Tideo, ni diez años
 De terca opugnacion, ni naves miles
 Pudieron domeñar. Tras sus engaños,
 Con espanto de todos repentino,
 Oye el paso cruel que sobrevino.

XLI.

»Sacerdote por suerte designado
 Á honrar al Dios del húmedo elemento,
 Era Laoconte: ante el altar sagrado
 Degollábale un toro corpulento.
 Súbito á la sazón venir á nado
 Vemos (de horror estremecerme sienta),
 De la insula vecina procedentes,
 Por sobre el mar tranquilo dos serpientes.

XLII.

»El pecho entrámbas enhestando iguales,
 Con encarnada cresta gallardean,
 Y en ruedas, al andar, descomunales
 El largo cuerpo sobre el pontoar quean:
 Rotos gimen los líquidos cristales
 Por do hieden: abordan ya y campean,
 La vista en sangre y rayos encendida:
 Todos huimos, la color perdida.

XLIII.

»Lamiéndose las bocas sibilantes
 Con la vibrante lengua, van derecho
 Para Laoconte: mas sus hijos ántes,
 Tiernos gemelos, en abrazo estrecho
 Aferran, y sus miembros palpitantes
 Apedazan, devoran. Pecho á pecho
 Y meneando la aguzada hoja,
 Encima el genitor se les arroja.

XLIV.

»¡Vano auxilio! ¡arduo afán! Ellas le abrazan
 Con doble, firme vuelta la cintura;
 Los escamados lomos le relazan
 Á la garganta, y á mayor altura
 Sobrealzando las crestas, amenazan.
 Con ambas manos él entre la impura
 Ponzoña que las ínfulas le afea,
 Por sacudir los nudos forcejea.

XLV.

»Descoyuntado al fin, y cual pudiera
El toro que del ara huyendo herido,
De hacha insegura libertado hubiera
Su manchada cerviz, en alarido
Rompe horrible. Las sierpes de carrera
Parten al templo de Minerva, y nido
A los piés de la Diosa encrudecida
Hallan seguro bajo el ancha egida.

XLVI.

»Nuevo motivo de terror asalta
Los ánimos, que el miedo señorea;
Supone el vulgo que Laoconte, al alta
Estatua encaminando el asta rea,
Mereció el golpe que siguió á su falta:
Que el caballo se interne, clamorea,
Y que á la Diosa con devotas preces
Se persuada á poner sus altiveces.

XLVII.

»Presto aportillan el adarve: toma
Movimiento el coloso: iguales giran
Ruedas que al pié le ajustan: con maroma
Atando el cuello, á competencia tiran.
Ya grave de armas sobre el muro asoma:
Todos con ánsia á la labor conspiran:
Garzones y doncellas entre tanto
Alzan en torno religioso canto.

XLVIII.

»Ya entra bamboqueando, á tu firmeza
Cierta amenaza, ¡oh Troya! ¡oh patria! ¡estancia
Antigua de altos Dioses! ¡fortaleza
Do vió un pueblo estrellarse su arrogancia!
Sigue, y tres veces al umbral tropieza
Con ronco són que retumbó á distancia;
Mas insta el vulgo en su porfia loca,
Y al fin en el alcazar le coloca.

XLIX.

»Vanamente Casandra entusiasmada
Esforzando la voz—su voz divina,
Por castigo de un Dios menospreciada—
Grandes calamidades vaticina:
¡Ay! sus anúncios estimando en nada,
Al borde ya de la comun rüina,
Nosotros sólo en decorar pensamos
Templos y altares con festivos ramos.

L.

»Gira mientras la esfera, y vase alzando
La noche de las ondas, el desvelo
Y fraudes enemigos ocultando
En espantoso horror, la tierra, el cielo.
Yacen mudos los Teucros: sueño blando
Acá y allá los encadena. A vuelo
Torna entre tanto la pelasga flota
A las sabidas playas la derrota:

LI.

»A sordas con la luna y el sosiego
De la noche, que muda las arropa,
Marchan las naves ya, que ha dado el fuego,
Concertada señal, la régia popa.
Sinon, á quien, en daño nuestro ciego,
El hado guia, la escondida tropa,
Acude á libertar, y la honda cava,
Abre que tenebrosa los guardaba.

LII.

»Y por cables que lanzan de ligero,
Desguindanse de la hórrida guarida
Esténelo, Tisandro, Ulises fiero,
Tornando á respirar aura de vida:
Menelao; Macaon, que fué el primero,
Y Acamanté y Toante de seguida,
Y Neoptólemo audaz el de Peleo,
Y el trazador del artificio, Epeo.

LIII.

»Á entrar la muchedumbre se acelera,
En la ciudad, que yace en sueño y vino,
Y matando las guardias, carnicera,
Y las puertas abriendo, da camino,
Y se une á los que abordan. Tiempo era
En que el sueño primero, don divino,
Los cuerpos sosegando fatigados,
Envuelve en manso olvido los cuidados.

LIV.

»En medio del silencio, á la imprevista,
Repatándolo yo por caso cierto,
Héctor en sueños muéstrase á mi vista,
De polvo vil y amarillez cubierto:
Mustia la faz, que el ánimo contrista,
Mustia y llorosa; y, cual después de muerto,
Y arrastrado por rápidos bridones,
Taladrados los piés de correones.

LV.

»¡Cuán trocado de aquél que á nuestros ojos
Resplandeció tras recias embestidas,
Ó de Aquiles trujese los despojos
Ó incendiase las naves combatidas!
Yerta barba; cuajados los manójos
Del pelo en sangre; vivas las heridas
Que en torno recibió de la muralla;—
Y aquí en sueños mi voz en llanto estalla:

LVI.

«Gran Héctor, que de gloria y de consuelo
»Astro por siempre á los Troyanos fuiste,
»¿De cuál remoto y olvidado suelo
»Tornas al fin á nuestra playa triste?
»Y tras fatiga tanta, estrago, duelo,
»Hoy de nuevo tu brazo nos asiste?
»¿Mas por qué herido así? Tu faz serena,
»¿Por qué se cubre de sangrienta arena?»

LVII.

»Nada contesta: con mortal gemido
 «¡Vuela! ¡huye!» exclama: «el Griego se apodera
 »De la ciudad: incendio embravecido
 »Estalla: ¡Troja se desploma entera!
 »Mucho á la patria y al monarca ha sido
 »Sacrificado: si algo la valiera,
 »Salvárala este brazo: en su agonía,
 »Su culto, hijo de Vénus, te confía.

LVIII.

»Mansion busca á sus Dioses tutelares
 »Que fundarás, y grande, finalmente,
 »Audaz cruzando procelosos mares.»
 Y mientras habla entrégame impaciente
 La alma Vesta que arranca á los altares,
 Y los velos y el fuego indeficiente.
 Por la ciudad en tanto se extendía
 El estruendo confuso y vocería.

LIX.

»Y aunque distante de la puerta Escea
 Yacia de mi padre la morada,
 Opaca de un jardín que la rodea,
 De la invasora muchedumbre armada
 Llega sordo el rumor; mi sien golpea;
 Salto veloz, el ánima azorada,
 Y á la azotea trepo, y al rüido
 Que crece más y más, tiendo al oído.

LX.

»Tal cuando en mieses subitánea llama,
 Soplando el Austro, enfurecida prende,
 Ó bien si desbordado se derrama
 Y valles, surcos y sembrados hien de
 Bravo raudal, y en remolinos brama
 Arboles arrastrando que desprende;
 Sobre un peñon, de la tormenta aquella
 Testigo inmóvil el pastor descueña.

LXI.

»Bien á mis ojos lo que en torno pasa,
 Bien la aviesa traicion se patentiza.
 Con estampido el gran palacio arrasa
 De Deifobo, el fuego, y se encarniza
 Sin detenerse, en la contigua casa
 De Ucalegonte, y de su luz rojiza
 Parece arder abierto el mar Sigeo:
 Suenan trompetas, cunde el clamoreo.

LXII.

»Echo mano á las armas alterado,
 Y á discurrir no acierto á mi albedrío:
 Al alcázar volar con un puñado
 De compañeros, en confuso ansio;
 Mal ciego de furor, desatentado
 En manos de la muerte la honra fio;
 Cuando al Otrida, del altar febeo
 Ministro en el alcázar, llegar veo.

LXIII.

»El los Dioses vencidos, casi á vuelo,
Trae, y sacros adjuntos que á la saña
Hurtó enemiga su piadoso celo;
Y un nieto pequeñuelo le acompaña.
«¡Panto!» al verle clamé con vivo anhelo:
«¡Habla! ¿qué pide adversidad tamaña?
»En dónde haremos la defensa? ¿en dónde?»
Dando un hondo gemido me responde:

LXIV.

«¡La hora que los hados previnieron
»Llegó de asolacion! ¡Jove inclemente
»Trastorna la balanza! Fueron, fueron
»Troya, su gloria, su esplendor potente!
»Todo los enemigos lo invadieron:
»Del caballo intramuros eminente
»Griegos brotan armados: triunfante
»Sinon propaga el fuego devorante.

LXV.

»Por las ya francas puertas á oleadas
»Cuantos vinieron de la gran Micénas
»Tantos que entran parece: están tomadas
»Las avenidas: de reposo ajenas
»Amenazan fulgentes sus espadas:
»La primer guarnicion ensaya apénas
»Al tropel oponerse que la embiste,
»Y en ciega riña desigual resiste.»

LXVI

»Ardo á su voz: el corazón me inflama
No sé cuál Dios ó aliento sobrehumano:
Do la ira impele, do el rumor me llama
Corro el hierro á arrostrar y el fuego insano
Á la luz vaporosa que derrama
La blanca luna, de Ífito el anciano,
De Hipanis, de Dímas y Rifeo,
Que se me allegan, los semblantes veo.

LXVII.

»Corebo, el hijo de Migdon, partió
Tomó tambien, y se nos puso al lado:
Estaba en Ilion recién venido,
Con pasion de Casandra enamorado;
Y de Príamo yerno prometido,
Su espada nos brindó como aliado.
¡Ay! ¡cuán diverso su destino fuera
Si á la inspirada profetisa oyera!

LXVIII.

»Yo así á todos les dije en el momento
Que en órden los vi puestos de pelea:
«¡Mancebos de alma grande, que de aliento
»Heroico, pero estéril, se rodea!
»Si seguir pretendéis mi osado intento,
»Igualad el peligro con la idea:
»Los Dioses que este reino custodiaran
»Hoy altares y templos desamparan,

LXIX.

»Á una ciudad, oh pechos denodados,
 »Acorreis que en pavesas se convierte:
 »La muerte, pues, busquemos, y arrojados
 »Entre enemigos, generosa muerte;
 »¡Quien con el cielo lucha y con los hados
 »Sólo después de esperanza es fuerte!»
 Así exaltado les hablé, y mi acento
 Su denuedo redobla y su ardimiento.

LXX.

»Cual del hambre al furor lobos rapaces,
 Mientras que los cachorros por su vuelta
 Anhelan, seca la garganta, audaces
 Corren en sombras la campaña envuelta;
 Por medio de los hierros y las haces
 Enemigas así la planta suelta,
 De la muerte lanzados al encuentro
 Tocamos ya de la ciudad al centro.

LXXI.

»La noche mientras con su negro manto
 Nos cobijaba. ¡Oh noche de tormentos!
 ¿Quién podrá darte el merecido llanto
 Ó el número decir de tus lamentos?
 ¡La alta, antigua ciudad, de lauro tanto
 Coronada, flaquea en sus cimientos!
 Por calles, plazas, templos invadidos,
 Cadáveres se ven yacer tendidos.

LXXII.

»Mas no toda la sangre que se vierte
 Sangre es troyana. Amenazante aviva
 Tal vez el ántes abatido; inerte
 El vencedor en tanto se derriba.
 Igual á entrambas partes la impia suerte
 Terror, desolacion sembrando iba
 Por acá y por allá: la muerte toma
 Miles semblantes, y doquier se asoma.

LXXIII.

»Al paso Andrógeo nos salió el primero
 Con gente mucha entre la sombra espesa,
 Y creyendonos suyos, delantero,
 «Amigos,» dice, «¿qué indolencia es ésa?»
 »¡Apresurad! Cuando Ilión entero
 »Es ya ceniza y dividida presa
 »Al ímpetu feliz de nuestras tropas,
 »¿Vos apenas dejais las altas popas?»

LXXIV.

»Haber caído entre enemiga gente
 Nuestra respuesta adviértele indecisa,
 Y cortando el discurso de repente,
 Arredra el pié con azorada prisa;
 Bien cual trémulo salta el que serpiente
 Inesperada entre malezas pisa,
 Que se le vuelve enfurecida de ello
 Y enhiesta ensarcha el azulino cuello.